

AMÉRICA LATINA FRENTE A LOS BLOQUES  
ECONÓMICOS Y LA GLOBALIZACIÓN DE LA  
ECONOMÍA

**América Latina. Bloques económicos y  
globalización**

**Sergio de la Peña\***

**El nuevo subdesarrollo de América Latina**

América Latina ha sido objeto en la última década de una transfiguración profunda, no por haber cambiado en sí misma sino sobre todo, porque se le movió el mundo, el entorno, sus referentes y los límites que le daban sentido a sus características y las preñaban de contenido. En esencia fue transfigurada sin haber cambiado.

Tampoco tuvo, por cierto, siquiera oportunidad de meter las manos. Lo cual hubiera sido deseable, en vista de los resultados que tenemos a la vista. Los cuales se sintetizan en la imagen de la región hundiéndose cada vez más en su subdesarrollo que es de alguna manera diferente.

Exageración sin duda porque algo de bueno y mucho de malo ha hecho y dejado de hacer América Latina en la década para que suceda su transfiguración. Pero se puede hacer la concesión por un momento de imaginar a la región sin cambios endógenos en

---

\* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Sociales y Profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.

ese lapso, para destacar la manera como han incidido las transformaciones de su entorno para moverla, redefinirla, alterar sus bases de sustentación, modificar sus vías y formas de comunicación e intercambio con el resto del mundo. Y vuelto casi inútil, para todos los fines prácticos, buena parte de su aparato productivo, aún si está allí intacto y operando.

### La transformación revolucionaria del capitalismo

Todo lo cual tiene que ver directamente con la vieja crisis de América Latina, pasando por los problemas de la deuda, de la incompetencia de buena parte de la economía —que es decir de los trabajadores, empresarios y estado— y de las relaciones externas desventajosas. Pero más aún se relaciona con las transformaciones aceleradas del mundo.

No es ningún consuelo, pero el mismo vendaval que nos afecta severamente, fue una de las causas externas principales que aceleró el derrumbe de algunas economías socialistas, y que ha obligado al resto a procurar cambios drásticos y emprender caminos para tratar de resolver los problemas que las acosan. Y desde luego es una de las causas de la explicación del gran reacomodo mundial que está teniendo lugar, con desplazamientos por el avance impenitente de Alemania y Japón, y el relegamiento gradual de Estados Unidos.

El hecho incontrovertido es que el capitalismo como régimen económico y social ha dado un salto cualitativo, y los países de punta han acelerado su desarrollo. En éstos se han trastornado en alguna medida todos los procesos económicos, a causa de la introducción y generalización de los grandes cambios tecnológicos que constituyen la ruptura primigenia.

Todo ello tiene que ver, desde luego, con la crisis capitalista y sus salidas. Pero ahora interesa destacar que tales trastornos se han extendido a tal grado, que han provocado repercusiones en las relaciones globales entre capital y trabajo, y replanteamientos políticos, ideológicos y culturales.

Lo cual es sólo natural, puesto que se trata de una alteración importante de las relaciones de explotación. Y de la intensificación de ésta, sin despojarlas de su carácter capitalista, a partir de la introducción y generalización de los nuevos ingenios técnicos.

Porque cambiaron las exigencias en número, capacitación, forma de participación de los trabajadores y empleados en los procesos económicos en general y sobre todo en los productivos. Desde luego, los procesos mismos se han alterado en sus formas técnicas, insumos, ritmos y secuelas. Esto supone redefinición de las clases sociales y sus relaciones, en consecuencia, la alteración de estructuras políticas, ideológicas, culturales.

La conmoción es a tal grado generalizada en términos mundiales, y compromete tan profundamente aspectos fundamentales de las relaciones capitalistas, que corresponde a una revolución económica con grandes secuencias sociales y políticas. Marca el final de un periodo del desarrollo del capitalismo y el inicio de otro, de una historia diferente.

### El contexto para América Latina

Pero no es cuestión de enredarse en disputas *hassidicas* por las palabras y en torno a si es o no una revolución. Como quiera que se le denomine a tales transformaciones, el hecho es que conlleva la alteración del contexto económico mundial y de las relaciones entre los países, que más temprano que tarde impone cambios en sus estructuras internas. Tal ha sido la experiencia en los ochenta de los países desarrollados, que por ello se vieron en la necesidad de emprender una extensa reconversión industrial para evitar rezagarse.

A las playas de América Latina llegaron las evidencias de los cambios mundiales desde la década de los setenta en forma de profundos cambios de las relaciones con el exterior: giros y eclosiones en las esferas monetarias y financieras, y en los intercambios comerciales. A lo largo de la década de los ochenta, en cuanto al cambio de las normas y referentes económicos, y al deterioro creciente de su relación con el resto del mundo. Prácticamente nada de ello se debió a cambios internos, excepción hecha de la mayor receptividad de sus economías a los estímulos externos, por las políticas neoliberales que se impusieron.

En todo caso nos cambiaron los paradigmas de referencia. Nos subdesarrollaron más simplemente por efecto del salto que dieron los países desarrollados. Además se modificaron los canales y formas tradicionales de vinculación con los países desarrollados, en

parte por la transformación de sus economías, pero no menos porque reorientaron sus relaciones externas para dar prioridad a las mantenidas entre ellos. Lo cual puede ser temporal, pero por de pronto han creado un vacío relativo con el Tercer Mundo, que ya ha tenido gravísimas consecuencias.

### La globalización segmentada

La globalización de la economía mundial es un término engañoso. Para bien o para mal, promete mucho más de lo que contiene.

Es un hecho la globalización en cuanto a la generalización y exigencia de la observación de los referentes económicos que norman el intercambio mundial, y a su interiorización más vigorosa en cada país. Ha sucedido una mayor identidad entre los mercados nacionales y el internacional, y por lo tanto de toda la gestión económica endógena, sea en los aspectos productivos, comerciales o financieros. Se ha reconstituido, a un nivel superior de homogeneidad, la producción e intercambio del valor.

Lo cual supone, entre muchos otros efectos relevantes, que las normas internas de productividad, eficiencia, tecnología, ciclos de reproducción, costos, capacidad del trabajo y empresarial, tiempos y movimientos, reposición de capital, en fin, todo, está cada vez más determinado por los referentes mundiales. Normatividad fijada por el desempeño de los más desarrollados, que es cada vez más difícil de esquivar.

En consecuencia se redujeron aún más, o se acabaron, los nichos comerciales y productivos privilegiados que escapaban a la presión de la competencia, o eran capaces de resistirla. Con lo cual se eliminan restos de los espacios que hace medio siglo dieron sustento exitoso a la industrialización por la vía de la sustitución de importaciones.

Pero no sólo se extiende la dictadura de la normatividad mundial sino además es diferente a la que en términos globales operó durante más de medio siglo. De esta manera, a través de un proceso en el que nada tuvimos que decir y poco que influir, se volvió obsoleta nuestra economía latinoamericana, y se le impusieron nuevas normas de desempeño.

En contraste, la globalización del intercambio nació y sigue segmentada. Paradójicamente la nueva integración mundial impone

a las economías latinoamericanas la exigencia de incorporar las formas nuevas de producción, pero las relega del intercambio.

En efecto, la globalización se restringe, por ahora, al área desarrollada del capitalismo. Situación que deviene del interés prioritario de los países desarrollados de tomar máxima ventaja de las transformaciones presentes, y deslindarse sin más de conveniencias, pactos y lealtades de la anterior forma de reproducción del capitalismo. De aquí la orientación de todas sus capacidades e interés a sus propias economías e intercambios entre sí, que marginan al resto.

Situación temporal sin duda, pero por ahora significa que para América Latina se han cerrado en parte los accesos del intercambio anteriores y no se abren aún los de la nueva economía. Las viejas claves y argumentos de las relaciones económicas con los países desarrollados, no sirven para acceder al nuevo espacio que ahora han formado. Para nosotros es hasta ahora más ajeno el nuevo campo desarrollado que el anterior. Estamos marginados.

La consecuencia natural de tales tendencias en las economías desarrolladas, y por la competencia cada vez más intensa, es la formación de bloques. No de un bloque, que hablaría de una globalización superior, aún si segmentada, entre países ricos y pobres, sino de varios que reproducen a su interior la protección. Lo opuesto mismo a la globalización.

### La perspectiva Latinoamericana

Las tendencias mundiales son inescapables. Por ahora ya nos convirtieron en obsoleta a una parte sustancial de la economía latinoamericana, y nos reubicaron varios niveles más abajo en la escala del desarrollo. Además nos marginaron del auge de la transformación y recuperación que ha tenido lugar en los países desarrollados.

Los efectos de tales transformaciones exógenas han sido magnificados en casi todos los casos por políticas nacionales. El neoliberalismo ha abierto las economías a los flujos y normas mundiales, pero no ha cobrado ventajas. No las suficientes para que el saldo sea positivo de frente a la conmoción y destrucción de partes sustanciales de las bases productivas, y el sacrificio permanente de una fracción esencial del consumo y de la capacidad para acumu-

lar. América Latina no sólo ha sido condenada a la obsolescencia, sino además a la incapacidad para reconvertirse e incluso para preservar la infraestructura productiva que tenía.

La dura experiencia de los años ochenta es una lección que no se debe desperdiciar. Ha costado cara. Esta apunta a tres aspectos fundamentales:

*El primero* se refiere a la urgencia de entender plenamente la realidad. Nada más equívoco y negativo que seguir actuando sobre la base de nociones de una realidad que ya se nos movió. Hay inmensas tareas teóricas, de conceptualización, de interpretación, que ahora más que nunca es urgente cumplir para ofrecer respuestas y alternativas a los pueblos. Nuevas síntesis nos esperan, que demandan la recuperación de una extensa y rica cultura del análisis y crítica, haciéndola corresponder a la nueva realidad. Se requiere despertar de nuevo la pasión y la paciencia creativa para repensar Latinoamérica y encontrar salidas.

*El segundo* habla de que hay salidas alternativas, no obstante las circunstancias y condiciones inescapables de las tendencias mundiales. Dentro de esas referencias que acotan al mundo se deben identificar opciones y crear nuevas. La peor desgracia que nos puede ocurrir es ajustarnos pasiva y obedientemente al neoliberalismo como única alternativa de vida.

La propia experiencia de los años recientes, aparte de la razón, muestra que una parte importante de las desgracias que hemos sufrido, se debe a las políticas adoptadas. Desde el ritmo e intensidad de la liberalización de los mercados internos hasta la amputación de la intervención estatal; desde el manejo de la deuda externa hasta el despojo de defensas y salarios indirectos a los trabajadores; desde la forma individual de incorporación de los países y la región a las condiciones mundiales hasta la obediencia servil de las políticas más negativas diseñadas desde el exterior. Todo se tiene que poner en duda, reevaluar, rescatar lo sensato de experiencias pasadas y rechazar lo insensato de las nuevas opciones.

*El tercero* se refiere a la formulación de una opción latinoamericana de frente a la formación de los bloques.

Es clara la decadencia durante dos décadas de las aspiraciones de la unidad latinoamericana. Muchas circunstancias internas y externas a la región influyeron en ese proceso. Ahora se perfilan intereses suficientes y posibilidades novedosas para emprender un nuevo intento de avanzar en aquella dirección.

Está el campo de los acuerdos de interés colectivo de defensa de exportaciones, que fueron víctimas de los cantos de sirenas del neoliberalismo. Más actual aún es la comunidad que crea a fuerza el problema de la deuda. No menos importante debería ser el proyecto regional de reconversión industrial. Y desde luego la discusión de los nuevos perfiles que se le deben dar a cuestiones tan

urgentes y difíciles como soberanía, nación, autonomía, independencia.

Nada fácil, desde luego. La fragmentación del latinoamericanismo tiene nuevas aportaciones con la formación de bloques, pero igualmente hay estímulos en sentido opuesto.

Es el caso del interés económico inmediato de México a integrarse con Estados Unidos y Canadá. Pero también es evidente la ventaja aún mayor que tendría la vinculación creciente con América Latina, tanto por razones de geopolítica y autonomía de frente a Estados Unidos, como por simples consecuencias económicas. O la proposición de Bush para la formación de un sólo espacio comercial en todo el continente, anunciado en su *Iniciativa para las Américas*. Es un proyecto tan fantasioso como atractivo para todos, si existen las salvaguardas, ritmos y formas de constitución acordes con los diversos intereses.

Lo cierto es que las renuncias a tales proyectos son tan dudosas por ahora como los argumentos a favor. No se fundan en criterios convincentes para aceptarlos o rechazarlos sobre bases sólidas de un proyecto latinoamericano que sea producto de un análisis apropiado, de interpretaciones que se compadezcan con la realidad que vivimos. Lo cierto es que nos falta casi todo para siquiera poder decidir lo que se quiere, ya no digamos para diseñar lo que se debe hacer para lograrlo.